

# La Purísima Concepción y Córdoba en la Oratoria Sagrada del siglo XVIII

*Brac*, 117 (23-27) 1989

Por Manuel PELAEZ DEL ROSAL

(ACADEMICO NUMERARIO)

Con el título "La Inmaculada y Córdoba: Loores y leticias literarios, iconografía y culto concepcionista en la capital y 121 pueblos de la provincia, historiados a través del tiempo", el académico D. Daniel Aguilera Camacho daba a la imprenta en 1950 un jugoso libro de más de 300 páginas. En uno de sus capítulos historiaba las celebraciones que merced a la iniciativa de los miembros integrantes de la sección de Bellas Letras se hicieron desde el año 1938, año en que el académico D. José Priego López propuso que a partir de esta fecha la Academia dedicara una sesión durante la novena de la Inmaculada en memoria y loa de tan poético misterio, propuesta que fue aprobada por aclamación. Fruto de estas intervenciones fue el libro de D. Daniel: "Año tras año -decía- desde el 39, la sesión se ha celebrado y en ella tomé a mi cargo desempeñarla. Le he dedicado -añadía- varias conferencias sin orden determinado, pero el año 42 las sistematicé y mis trabajos se dedicaron a desenvolver el tema, que encierra el título de este libro, que después he pensado escribir aprovechando lo hecho". Y concluía: "A mi amor a Ella, a los trabajos realizados y a la esperanza de que algún día pueda servir este ensayo, como acicate para realizar obra de mayor empeño, cual lo merece la Inmaculada y el amor que le profesa el católico pueblo cordobés, se debe este trabajo".

Mucho y bueno se ha dicho en esta noble Corporación por sus componentes con este motivo, como acabamos de oír durante esta sesión. Desde las clásicas odas que nuestro fundador, Manuel María de Arjona, dedicó a tan inefable misterio y que al decir de la crítica "acusan desde luego un caudal de sentimiento religioso, sincero y arraigado, exento de convencionalismos y rutinas", y en las que como en la titulada "A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora" se decían frases tan bellas como la siguiente: "Hija ilustre de Venus y de Marte/clama el orbe postrado/vivas en siglos mil sin marchitarte/bárbaro esfuerzo en contrario hado,/y émula del Olimpo, por tu asiento/trueque Jove tal vez su firmamento". Después de Arjona, Juan de Dios Montesinos y Neira, D. Manuel Fernández Ruano, que alcanzó en los Juegos Florales de 1865 con su "Canción a la Inmaculada" el primer premio de aquel certamen propiciado por el Conde de Torres Cabrera, D. Antonio Alcalde Valladares, D. Antonio Fernández Grilo, D. Dámaso Delgado López,

D. Antonio Ramírez López, Marchesi Butler, en su discurso de ingreso en la Academia y tantos otros académicos después de 1938 y sobre todo a partir de 1970 pueden completar esta nómina de los miembros que podríamos tildar de "concepcionistas".

También en el mismo libro al que hacíamos referencia al comienzo de esta intervención se recogen unas notas sobre sermones impresos en Córdoba, referidos al misterio de la Concepción. Así el P. Juan de Gámiz, S.J., rector del Colegio de Santa Catalina dedicó en las postrimerías del S. XVIII una bella pieza literaria a la Pureza de María Santísima desde el primer instante de su ser natural, que fue impreso en el año 1803. Algún tiempo antes, en 1733, el padre Lorenzo Elías de Frías, carmelita observante, de Córdoba, pronunció una excelente oración gratulatoria y mística en la profesión de una religiosa bernarda jiennense. Otro religioso, Fr. Cristóbal Linero hizo en 1733 otro panegírico gratulatorio a la Purísima en el convento de San Agustín, y asimismo en 1737 el P. Antonio Barroso, resolutor del Colegio de Santa Catalina, en la fiesta de canonización de San Juan Francisco de Regis dio a luz su trabajo dedicándolo a la Virgen María en el primer instante de su Purísima Concepción.

Estas muestras de oratoria religiosa no son sino un indicio del intenso fervor concepcionista que recorrió Andalucía a lo largo y a lo ancho del siglo barroco por excelencia, patentizado además en excelentes obras de pintura y escultura que ornán nuestros retablos e iglesias por doquier.

En esta ocasión traemos a conocimiento público una pieza escrita e inédita, anónima, pero susceptible de identificación, y de procedencia franciscana, con el título "Sermón de la Concepción", glosa del versículo "De qua natus est Jesus" (Math. cap. 1): "De la qual nació Jesús". Se compone de cuatro hojas ológrafas con letra diminuta, pero muy clara, sin firma, pero testimonio vivo de la oratoria sagrada concepcionista que impregnó los conventos e iglesias de Córdoba y su provincia.

Su autor comenzaba diciendo:

"¡Válgame Dios, y cómo quedó Adán por el pecado! Lo crió su Magestad a su imagen y semejanza; lo hizo poco menos que los Angeles lo enriqueció con las joyas más preciosas de la divina gracia, y justicia original".

Sentada esta premisa alusiva a nuestro primer padre Adán, el orador añadía:

"Puesto el primer hombre en aquel estado, éramos todos amigos de Dios, éramos sus hijos y herederos de su gloria; éramos Señores del Mundo, Reyes de nuestras pasiones y de todas las criaturas inferiores; éramos sabios, fuertes, y sin asomo de malicia".

El anónimo autor había logrado con esta breve introducción

situar el tema de su sermón, evocando el Paraíso terrenal y sus lindezas, para acto seguido aludir al acto de desobediencia "que echó por tierra todas las flores de aquel animado Cielo y viviente Paraíso, quedando Adán como un bruto el que era el Dios de la Tierra", hiperbolizando su situación privilegiada, "quedando vestido de pieles de animales, sentenciado a trabajar en las minas como forzado, enemigo de Dios, esclavo del Demonio, herido y robado como el otro hombre del camino de Jericó".

La estructura del sermón continúa con absoluta conformidad con las normas más exigentes de la lógica.

El autor reclama, tras este breve y bonito exordio, de nuevo la atención introduciendo en su relato al segundo personaje: María. Y lo hace acudiendo al artificio de la oratoria. Dice:

"O pecado de un hombre solo, y qué ruína causó en la pobre naturaleza! Previendo Dios esta caída, antes que hubiera Cielos, Montes, y Collados; antes de poner términos a el Mar, y leyes a las aguas; antes de dar el ser a la tierra: entonces allá en su eternidad, parece que ponía a su lado una Silla de grande preeminencia, y sobre ella una corona; prevención, al parecer, para la criatura más amada de Dios, y que en ella se habían de alegrar los Angeles más que en su propia creación... De suerte que con un modo tan soberano que ninguno puede penetrar, ya en aquel principio sin principio estaba María... misterio de los cielos y de la tierra, y milagro de la gracia y omnipotencia divina".

El excursus se hace, si cabe, más interesante, cuando puestos en la escena del teatro sacro, que es la iglesia llena de fieles, el autor invoca:

"Acudir Almas Christianas a este maravilloso espectáculo. Admirar, que forma la belleza de su Arbol, una planta, que es el ornamento de su raíz, y un hijo, de quien invertido el orden genealógico depende de santidad, la perfección y la verdadera grandeza de su Madre. Decid de María, que tuvo la fucundidad de Lía, la belleza de Raquel, la justicia de Débora, la caridad de Ester, la fuerza de Judit, y la castidad de Abisag: juntar lo augusto, más grande, y más santo de uno y otro testamento para manifestar que todos los dones celestiales, que estaban repartidos, y se habían de repartir en los santos, estuvieron reunidos en ella; es darle un elogio mucho menor, del que incluyen las palabras de mi thema: "De qua natus est Jesus"".

Seguir glosando el sermón de referencia nos llevaría demasiado lejos en el camino melodioso y sentido de esta velada literaria. El panegírico adquiere, no obstante, caracteres de gran fuerza

espiritual en el nudo de su 'desarrolllo, como cuando contrapone Adán y Eva a María y Cristo:

"Allá fue primero el varón, y después la mujer; aquí fue primero la Madre y después el Hijo.

Allá empezó la ruina, y el pecado por Eva, y lo consumó Adán; acá empezó la felicidad por María y la consumó su Hijo en la cruz.

Allá formó Dios a nuestros primeros Padres con las condiciones que pedía una justicia original y estado de inocencia; mas en la formación de María echó el resto de su Omnipotencia".

Para concluir:

"Pues venid, Almas Cristianas y bendecid al Omnipotente que obró en su Madre y vuestra tan singulares maravillas. Venid con humilde reconocimiento, y entrar descalzos, como Moisés en una hoguera, que aunque cercada de llamas no quema.

Venid y decir con el sabio: Esta es la esposa mujer del Cordero, bajo cuya cabeza puso el esposo su mano izquierda para impedir su caída y la abrazó con la derecha. Esta es la rosa de Jericó, cuya frescura nunca estuvo ajada ni marchita".

Esta es, exclama S. Juan, "quel prodigio que apareció en el cielo, una mujer vestida del Sol, y que tiene a los pies la Luna".

El desenlace del sermón que comentamos no puede ser menos cautivador. El exégeta se entretiene en su decurso en el misterio de la renovación espiritual de la Concepción y nacimiento de Cristo. Y proclama: "vosotros hermanos se ha concedido la gracia de concebir a Jesucristo en vuestros corazones". Y continúa:

"Sí, amados oyentes, la única infamia, la única desgracia, que debemos temer es la pérdida de la gracia...Mundo impío, consolador, importuno, no me ponderes las falsas felicidades, que me has proporcionado: aún cuando me hubieras elevado a lo sumo de la grandeza mundana, si he sido tan infeliz, que he perdido la gracia, ¿qué cosa habrá que pueda servirme de consuelo?".

¿Cómo salir de este horroroso cuadro al que partiendo de un estado placentero el autor del sermón lo ha ido complicando hasta poner al oyente en una situación un tanto desesperada. La culpa de la Humanidad, dice, la tiene Adán que pecó."Habiendo caído este primer hombre -continúa- quedó entre vosotros un divorcio de la carne y del espíritu, y una Ley entre los miembros, que repugna a la de Dios".

Y finaliza: "Haced útiles estas reflexiones que son muy del caso. Celebráis la fiesta de la Concepción de María vuestra Madre... Pero si no entráis en el espíritu de esta solemnidad en vano será vuestro regocijo. Mirad allí que ya nace el Lucero de la mañana en el vientre de Santa Ana y veréis un espejo sin mancha, imagen de la bondad de Dios. Mirad a la Madre de la Sabiduría y entrad en su escuela como párvulos que allí aprenderéis sus virtudes y comeréis el pan que se amasó con su sangre".